

# LA ECLESIOLOGÍA DE C. S. LEWIS: UN PUNTO DE VISTA ANGLICANO

JOSÉ M. ODERO

El diálogo ecuménico con la iglesia anglicana exige por parte de los teólogos católicos un conocimiento preciso de la teología anglicana, especialmente de su eclesiología. Sólo contando con este conocimiento será posible iluminar desde los recursos de la fe de Cristo los problemas en litigio y los obstáculos subjetivos que impiden un acercamiento entre anglicanos y católicos —«católicos romanos», según su terminología. Para la realización de esta tarea puede ser útil el estudio del pensamiento del escritor y ensayista británico C. S. Lewis, una de las figuras del anglicanismo contemporáneo que ha sabido despertar entre anglicanos, católicos y fieles de otras confesiones cristianas la convicción de que la fe cristiana es una realidad lógica y existencialmente sólida, capaz para guiar con seguridad los pasos del hombre sobre la tierra y conducirlo hacia el Dios vivo.

Lewis tuvo intuiciones profundas acerca de la esencia del misterio de la Iglesia, aunque su pensamiento eclesiológico —desarrollado en breves ensayos sobre temas muy diversos— carezca de sistematicidad. Viendo con claridad que la fe cristiana gira alrededor de la idea cristológica —*el hombre sólo se sitúa frente a Dios en Cristo*—, su concepción de la Iglesia no es sociológica sino genuinamente teológica y cristocéntrica.

Así, en sus famosas *Cartas del diablo a su sobrino*, distingue entre Iglesia invisible y visible. La Iglesia «de raíces eternas —dice Screwtape—, que vemos extenderse en el tiempo y en el espacio, temible como un ejército con las banderas desplegadas y ondeando al viento» (ScrL, 31), es invisible para los hombres, que a veces identifican

«la Iglesia» con «el edificio a medio construir, en estilo gótico de imitación, que se erige en el nuevo solar» (ScrL, 32) <sup>1</sup>.

Esta distinción no conlleva que Lewis contemple la Iglesia visible en sentido luterano, como mera estructura organizativa de origen humano. En efecto, en otros textos puede observarse que consideraba necesario el culto litúrgico por motivos teológicos y no sólo funcionales: «Debemos ser miembros de la Iglesia que practiquen regularmente —escribe Lewis. Por supuesto que tenemos temperamentos diferentes. Algunos —como tú y como yo— encontramos más natural acercarnos a Dios en soledad: pero debemos también ir a la iglesia. Porque la Iglesia no es una sociedad humana de personas que se reúnen por tener afinidades, sino el Cuerpo de Cristo, en el que todos los miembros, aunque diferentes (y Él se complace en esas diferencias y no desea suprimirlas), debemos participar de una vida común, complementándonos y ayudándonos unos a otros» (Letters, 402).

Más claramente aún se aparta de cualquier postura luterana al reconocer que es la Iglesia la que nos proporciona los medios por los que participamos de la vida de Cristo: «Cristo actúa a través de la Iglesia» (Letters, 362).

### *Cuerpo de Cristo, Esposa de Cristo, Familia de Dios*

El cristocentrismo eclesiológico de Lewis se revela paladinamente en su constatación de que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. En su escrito *Memberships* (1945), afirmaba que el Nuevo Testamento no contempla para nada una religión individualista, por el contrario predica que la Iglesia es la Esposa de Cristo y que nosotros somos miembros de ella. Para A. B. Griffiths, discípulo y amigo de Lewis, este mismo convencimiento provocó su acercamiento a la Iglesia Católica. Así lo explica Griffiths : «El concepto de la Iglesia como el Cuerpo Místico de Cristo —que descubrí por primera vez en Hooker, por el que ambos sentíamos gran admiración— fue el motivo que me llevó a convertirme al catolicismo. Lewis más

1. Para citar las obras de Lewis utilizaremos las siguientes siglas: ScrL: *The Screwtape Letters* (*Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid 1977); Letters: *Letters of C. S. Lewis*, W.H. Lewis (ed.), London 1966; Memberships: *Memberships* (en *The Weight of Glory and Other Addresses*, London 1980); MChr: *Mere Christianity*, London 1984; LM: *Prayer: Letters to Malcolm*, London 1986; PR: *The Pilgrim's Regress*, London 1987; SJ: *Surprised by Joy* (*Cautivado por la Alegría*, Madrid 1989).

adelante adquirió una profunda reverencia y comprensión del misterio de la Eucaristía, pero este aspecto de la Iglesia como una comunidad que adora y del culto como algo sagrado, un reflejo en la tierra de la realidad del cielo, permaneció escondido para él»<sup>2</sup>.

Lewis, en efecto, temía particularmente que los cristianos reaccionasen contra el individualismo llevando a su vida espiritual el mismo colectivismo que se iba apoderando de la vida secular. Con todo mantenía que «el cristiano no está llamado al individualismo, sino a ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo» (*Memberships*, 110), subrayando que el colectivismo secular es muy distinto de la pertenencia al Cuerpo Místico. Algo semejante había ya explicado lúcidamente G. K. Chesterton: «La unidad humana no tiene nada que ver con la monotonía en que triunfa la sociedad industrial, que concilia el máximo de congestión con el mínimo de comunión. El industrialismo se jacta de haber unificado el mundo bajo la uniformidad de sus productos, de modo que en el Japón y en Jamaica se reemplaza del mismo modo la etiqueta de la botella y se bebe el mismo whisky adulterado»<sup>3</sup>.

La concepción analógica según la cual el cristiano es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo, es de origen evangélico, pero en nuestros días, al aplicarse el concepto de *miembro* a otras realidades sociales, este concepto se ha vaciado de su significado. Hablar ahora de *miembros de una clase* significa que sólo se contempla a las personas individuales en cuanto están incluidos en una clase homogénea, pero esto es casi lo contrario de lo que quiso decir San Pablo al hablar de los miembros de la Iglesia. Para San Pablo —insiste Lewis— los miembros de la Iglesia son esencialmente diferentes y a la vez complementarios; él utiliza como comparación los distintos órganos del cuerpo humano (cfr. 1 Cor 12, 12).

La preferencia de Lewis por la analogía eclesial del cuerpo no le impedía mantener ulteriormente una interpretación de la misma en términos sociales: «La sociedad a la que un cristiano es llamado en el bautismo no es una colectividad, sino un Cuerpo. Y la imagen natural de este Cuerpo es la familia» (*Memberships*, 112). En una familia los miembros son distintos, no son intercambiables, son personas diferentes: «una hija es una clase de persona diferente

2. A. B. GRIFFITHS, *The Adventure of Faith*, en: J. T. COMO (ed.), «C. S. Lewis at the Breakfast Table», New York 1979, p. 20.

3. G. K. CHESTERTON, *El hombre eterno*, en «Obras completas», I, Barcelona 1977, p. 1511.

respecto a su madre» (Memberships, 111). Pero a la vez todos los miembros de la familia pertenecen a una realidad homogénea.

De este modo puede apreciarse cómo la fe cristiana, lejos de contraponer la vida individual a la comunitaria, defiende la personalidad individual del fiel desde la personalidad colectiva de la Iglesia. Así lo expresaba Lewis en una carta escrita el 20 de junio de 1952: «Todos somos *miembros* en el Cuerpo de Cristo. Todos distintos y todos necesarios para el conjunto y unos para otros: cada uno amado por Dios individualmente, como si fuera la única criatura que existe» (Letters, 423).

### *La acción salvífica de la Iglesia*

¿Cuál es, según Lewis, el fin de la Iglesia? La Iglesia fue fundada por Cristo para dirigir a todos los hombres a Cristo y para santificar a sus miembros: «La Iglesia sólo existe para dirigir a los hombres a Cristo, para hacerles “pequeños Cristos”. Si no lo hace, las catedrales, los clérigos, las misiones, los sermones, incluso la predicación de la Biblia, son simplemente pérdidas de tiempo» (MChr, 167). De forma más ambiciosa Lewis afirma un cristocentrismo antropológico y cósmico: con ese fin —cristificar a la persona— Dios se hizo hombre; el universo también fue creado con ese fin: «Se dice en la Biblia que el universo fue hecho para Cristo y que todo existe para reunirse en Él» (MChr, 167).

Todo ello es posible porque la Iglesia posee la verdad sobre el hombre. En su obra primeriza *The Pilgrims Regress*, Lewis subraya que es Mother Kirk (alegoría de la Iglesia) la única capaz de relatar a John (un joven en busca de la felicidad, el cual es protagonista del libro) la historia de la creación y la caída del hombre. A través de esa historia John puede ver con claridad por primera vez cuál es el estado en que se encuentra y por qué han sido errados sus intentos pasados de ser feliz. Es decir, la Iglesia sabe cuál es el camino que conduce hacia la salvación y es la única que administra los medios para alcanzar dicha salvación. Cuando Mother Kirk se ofrece a conducir a John a través del Gran Cañón (la distancia insalvable entre lo natural y lo sobrenatural), parece una persona inadecuada para esa tarea, pues es anciana y aparentemente débil; la Iglesia le confía que el Gran Señor le ha dado el poder necesario para ello.

John finalmente llega a darse cuenta de que Mother Kirk es el único camino para alcanzar la realidad de la *Isla* (el Paraíso). En su segundo encuentro con Mother Kirk ésta ordena a John despojarse

de sus sucios andrajos y zambullirse en un gran estanque; debe introducirse en un túnel que recorre el fondo del estanque. La vida que hasta entonces ha llevado le disuade de afrontar esta peripecia, pero finalmente cerrando los ojos se lanza al agua. Nadando bajo del agua, llega a la otra orilla del Cañón, donde le espera multitud de gente. Con este relato alegórico Lewis afirma que la Iglesia es el vehículo de salvación a través de las aguas del bautismo.

Fe y sacramentos son, en el pensamiento de Lewis, ejes de la vida eclesial. Los medios ordinarios por los que la vida de Cristo se vierte en nosotros son la fe, el bautismo y la Sagrada Comunión, de forma que estos son «conductores de esa nueva clase de vida» (MChr, 58), como enseñó el Señor a sus discípulos. Lewis explica que, cuando los cristianos dicen que la vida de Cristo está en ellos, no lo afirman en un sentido meramente poético, mental o moral: «Cuando hablan de ser en Cristo o de que Cristo está en ellos, no están refiriéndose a que están pensando en Cristo o imitándole. Quieren decir que Cristo está obrando a través de ellos; que el conjunto de todos los cristianos es un organismo real a través del que Cristo actúa» (MChr, 61).

Esta nueva vida no sólo se vierte en nosotros mediante actos puramente espirituales, como es el caso de la fe, sino por actos materiales «sacramentales», como lo son el bautismo y la Santa Comunión. Su reflexión acerca del principio sacramental es vigorosa: «No es bueno tratar de ser más espiritual que Dios. Dios nunca se refirió al hombre como si fuera una criatura puramente espiritual. Por eso utiliza cosas materiales como el pan y el vino para darnos la nueva vida. Podemos pensar que eso es crudo y poco espiritual. Dios no opina así: Él inventó la comida. Le gusta la materia. Él la inventó» (MChr, 62).

Lewis, con todo, nunca enumera los siete sacramentos como parte de la fe cristiana. Que era consciente de su deliberada omisión lo muestra una acotación presente en su último libro, *Letters to Malcom*; allí advierte que le apenaría que se interpretara su silencio respecto a los sacramentos, como si sólo los admitiera «pero no les diera la bienvenida» (LM, 103).

Descubrió la eficacia del sacramento de la Penitencia bastantes años después de su conversión y, desde entonces, no dejó de practicarlo. En una carta fechada en 1951 escribía a una amiga anglicana, Sister Penelope, a propósito de ese descubrimiento: «Por fin —no sé si hay vergüenza o alegría en esta afirmación— me he dado cuenta de que hasta hace un mes no creía realmente (pensaba que

sí) en el perdón de Dios. He sido un burro por no saberlo y por pensar que lo sabía» (Letters, 410). Lewis comprendió que un cristiano «no es un hombre que nunca se *estropea*, sino un hombre que es capaz de arrepentirse y recomenzar, porque la vida de Cristo actúa en él» (MChr, 61). Sin embargo, su pensamiento sobre la necesidad de la Penitencia es confuso; así en 1952 escribía: «Con respecto a la confesión, me parece que el punto de vista de nuestra Iglesia es que todos pueden utilizarla pero nadie está obligado a hacerlo. No dudo de que el Espíritu Santo guiará tu decisión desde dentro si tu intención es complacer a Dios. Pero sería un error pensar que Él sólo habla dentro de tí, cuando en realidad también habla a través de la Escritura, la Iglesia, los amigos cristianos, los libros, etc.» (Letters, 423).

### *La Iglesia, hija adoptiva de Dios*

Si tratáramos ahora de sintetizar la doctrina de Lewis sobre la Iglesia, habría que decir en primer lugar que la Iglesia es a la vez nueva y vieja, se extiende a través del espacio y del tiempo, aunque tiene sus raíces en la eternidad. A los ojos mortales puede aparecer como sin sentido, porque sus fines y medios son sobrenaturales, y también porque a veces los cristianos no sabemos dar testimonio luminoso de nuestra fe.

En *The Pilgrimos Regress*, durante la conversación de John con Mr. Broad (alegoría del protestantismo liberal), cuando éste niega que la Iglesia sea infalible, Lewis afirma que la enseñanza de la Iglesia es, en algunas cuestiones, infalible. Mr. Broad representa aquella facción del anglicanismo que mantiene una postura doctrinal «modernista» o «liberal». Cuando John pregunta: «Imagínate que un hombre tuviera que cruzar el Cañón. ¿Podría hacerlo confiando en Mother Kirk?», Mr Broad replica: «¡Ah, Mother Kirk! La quiero y la honro desde el fondo de mi corazón, pero confío en que quererla no es ser ciego con sus fallos. Ninguno de nosotros somos infalibles. Si alguna vez siento que debo diferir de ella es porque la *idea* que más honro de ella es que representa lo que puede llegar a ser. Por el momento no hay que negar que está un poco fuera de los tiempos» (PR, 151). Son palabras llenas de cinismo a través de las cuales Lewis desenmascara la hipocresía que se esconde en esta actitud.

El impacto que causó a Lewis su encuentro con Dios grabó en su alma una profunda convicción sobre la grandeza del Misterio

cristiano; esta convicción le protegió de las corrientes liberales que, con su empeño en *desmitologizar* el cristianismo, terminaban negando lo sobrenatural de la Iglesia.

¿Es necesario ser miembro de la Iglesia para salvarse? Lewis contesta que sí, porque «nadie puede cruzar el Cañón sin la ayuda de Mother Kirk». El susodicho «Cañón» o desfiladero —recordémoslo— representa alegóricamente la barrera infranqueable que separa al hombre de la plena felicidad a la que aspira

La Iglesia tiene un origen divino. Mother Kirk se refiere a sí misma como la hija adoptiva del Señor; Cristo fundó la Iglesia y la considera como su Esposa. ¿Debe tener la Iglesia una estructura jerárquica? Lewis no es un demócrata en lo que se refiere a la autoridad de la Iglesia y, al menos indirectamente, responde positivamente a esta pregunta, en cuanto de hecho reconoció la jerarquía anglicana. Lewis tuvo entre sus amigos a muchos clérigos anglicanos y a algunos sacerdotes católicos. El punto en el que hay claramente una laguna en sus escritos es en lo que se refiere al Obispo de Roma. Muchos opinan que Lewis evitó hablar o reflexionar sobre esta cuestión deliberadamente; algún autor va más allá y se atreve a afirmar que no creía en la potestad universal del Romano Pontífice <sup>4</sup>.

Lewis —según Griffiths— debido a su carácter y a su educación, mantenía un armazón de prejuicios evangelistas tales que le hacían de hecho incapaz para entender la Iglesia visible como institución universal, católica <sup>5</sup>. En su obra autobiográfica *Cautivado por la Alegría* ya había afirmado: «Para mí la religión tenía que haber sido asunto de hombres de bien orando a solas y reuniéndose de dos en dos o de tres en tres para hablar de temas espirituales» (SJ, 239). Lo que menos le atraía de la vida eclesial eran los actos públicos de adoración, sobre todo, algunos muy característicos del anglicanismo, como cantar himnos; también le disgustaba especialmente la música de órgano.

### *El problema ecuménico*

Uno de los temas que más le preocupaban era la falta de unidad entre los cristianos, es decir, la cuestión ecuménica. Dedicó su ensayo *Christian Reunion* (1944) a tratar sobre este tema; en él

4. Cfr. J. R. WILLIS, *Pleasures Forevermore*, Chichester 1983, p. 77.

5. Cfr. A. B. GRIFFITHS, *o. cit.*, 19.

confluyen intuiciones luminosas junto a insuficiencias notables. Por ejemplo, hay una deficiente captación por parte de Lewis de lo que supone en la Iglesia Católica la autoridad del Magisterio de la Iglesia. Lewis considera la sumisión del católico al Magisterio como un cierto suicidio intelectual; se imagina que el fiel católico tiene que estar dispuesto a aceptar *cualquier cosa*, por mucho que repugne a su inteligencia o a su vida. ¿Cómo justificar este prejuicio en un hombre culto, que gozaba de la amistad de católicos cultos como J. R. R. Tolkien? La única respuesta probable a esta cuestión es que Lewis evitó deliberadamente interesarse por los auténticos contenidos de la fe de los católicos <sup>6</sup>.

Pero algunas intuiciones de Lewis sobre el tema ecuménico son ciertamente agudas. Contempla la desunión de los cristianos como una situación trágica, que daña el fin apostólico de la Iglesia de Cristo. Es urgente la tarea del ecumenismo porque escandaliza a los no cristianos el que los cristianos estemos separados. Todos los cristianos —concluye Lewis— debemos contribuir a nuestra unión, por lo menos con la oración. Con gran perspicacia sugiere además que los factores más dañinos para la causa ecuménica son: en el plano intelectual, el liberalismo religioso; y en el plano práctico, la tibieza de tantos cristianos pertenecientes a diferentes confesiones cristianas, pues su mal ejemplo impide que otros hombres conozcan a Cristo, ya que estos no pueden ver el rostro de Jesús, sino sólo un garabato del mismo.

En el ecumenismo —afirma Lewis— nunca puede soslayarse la cuestión doctrinal. Cuando dos personas difieren en una doctrina, las dos pueden equivocarse, pero es imposible que las dos tengan razón, por eso ambas deben hacer un esfuerzo por hacer más luminosa la auténtica verdad de Cristo. En ningún caso la unión de los cristianos debe reducirse —como algunos han propuesto— a seguir una ética común: el problema doctrinal es insoslayable.

Por eso Lewis está convencido de que la unión ecuménica no será fruto de la acción conjunta de los *liberales* católicos y anglicanos, porque el ecumenismo no consiste en ponerse de acuerdo en un mínimo común denominador entre las distintas confesiones. Lewis advierte que esta actitud, propia del liberalismo en materia de fe en cualquier confesión cristiana, es un obstáculo fundamental para la unión de los cristianos. Escribiendo a Sister Penelope, en

6. Tampoco está bien enfocado otro tema que Newman supo explicar con gran profundidad: el desarrollo en la formulación de los dogmas.



1939, Lewis precisaba en que no se consideraba un *high* anglicano: «Para mí, la distinción real no es entre *high* y *low*, sino entre religión con un sobrenaturalismo y salvacionismo real por una parte, y todas las versiones aguadas y modernistas por la otra» (Letters, 327). Renunciaba así a participar en las polémicas sobre las diversas tendencias que se dan en el anglicanismo.

Por el contrario, Lewis detectaba en la santidad de los cristianos un firme punto de apoyo para resolver el problema ecuménico. Ya ahora podemos percibir una cierta *unidad* espiritual entre personas sinceramente piadosas de los diferentes credos: «La vida espiritual trasciende la inteligencia y la moralidad, como la poesía trasciende la gramática, sin excluirla» (Reunion, 21).

Pero algunas posturas de Lewis sobre otros aspectos del ecumenismo son francamente discutibles. Por ejemplo, su diagnóstico de la situación histórica de la Iglesia es poco original: la Iglesia sería un tronco común del que brotan tres ramas, equivalentes en cuanto opciones legítimas: catolicismo, anglicanismo y protestantismo (*teoría de las tres ramas*); igualmente intentó recuperar la vieja teoría anglicana de la *vía media* para defender la legitimidad de la Comunión Anglicana, teoría cuya falta de lógica criticara ya Newman con un siglo de anticipación.

En vista de estas lagunas eclesiológicas, J. R. Willis sostiene que en Lewis no hay una reflexión seria sobre las características que quiso dar Cristo a su Iglesia. A esa cuestión Lewis respondió sólo parcialmente, sin analizar temas tan cruciales como la unidad de la Iglesia o su carácter jerárquico. Ch. Derrick opina, por su parte, que Lewis no reflexionó sobre si Cristo quiso para su Iglesia algunas características más definidas<sup>7</sup>. En este sentido parece claro que se contentó muy a menudo con el pensamiento de que la Iglesia es «lo que está aquí», «donde me han educado», la que administra los sacramentos y predica la Palabra de Dios en mi comunidad, a mi alrededor.

Lewis nunca quiso ser católico, en parte por fuertes prejuicios familiares, de educación, etc. Pero además porque nunca se quiso plantear pausadamente este tema, a pesar de que desde su lógica no tendría que haber eludido la pregunta de dónde se encuentra la verdadera Iglesia. Hasta el final de sus días continuó mante-

7. Cfr. Ch. DERRICK, *C. S. Lewis and the Church of Rome: A Study in Proto-Ecumenism*, San Francisco 1981.

niéndose a la defensiva frente a la pretensión de verdad de la Iglesia Católica.

A pesar de su preocupación por la ortodoxia no se planteó hasta el fondo cómo se detectan las herejías, ni cuál es el papel del Magisterio de la Iglesia, ni en qué órganos reside la autoridad de la Iglesia. Es posible que las circunstancias actuales de crisis doctrinal dentro del anglicanismo le hubieran obligado a hacerlo. Así lo hacen suponer sus comentarios sobre la ordenación de mujeres y su denuncia del peligro de la teología liberal.

Para entender la situación intelectual de Lewis en el tema eclesiológico es preciso situarlo en el estado y la evolución de la teología anglicana en este siglo<sup>8</sup>. Como Ronald Knox ha sabido explicar, «el actual esfuerzo por unificar creencias y prácticas dentro de la Iglesia de Inglaterra, es el heredero de una larga serie de fracasos. El partido anglo-católico tiene una solidaridad solamente exterior; está basado en un acuerdo, y su unidad es la de un partido, no la de un credo»<sup>9</sup>. Por esta y otras razones —como hemos visto— Lewis se mantuvo flotando en la solidaridad exterior de su genérico anglicanismo, pero evitando tomar partido, no ya en el diálogo ecuménico, sino también en la tensión dialéctica que en su tiempo y ahora provoca graves divisiones reales entre los fieles de la Iglesia anglicana.

### *Conclusión*

Lewis sigue aglutinando alrededor de sus reflexiones antropológicas y eclesiológicas a un buen grupo de anglicanos. Estos son aquellos que siguen el itinerario espiritual del escritor, que llegó a entender el lugar esencial que ocupa el dogma en la vida cristiana. El interés sincero por una fidelidad dogmática al Evangelio es, sin duda, un punto de apoyo muy firme para el diálogo ecuménico. Sólo en una fe *dogmática* que alcance la naturaleza del misterio de la Iglesia puede fundarse sólidamente la preocupación ecuménica y el esfuerzo sincero por superar la fractura histórica de la comunidad cristiana.

8. Sobre este tema ver K. ALGERMISSEN, *Iglesia católica y confesiones cristianas*, Madrid 1964; L. KLEIN, *La teología anglicana en el siglo XX*, en H. VORGRIMLER (ed.), *La teología en el siglo XX*, Madrid 1973.

9. R. KNOX, *La fe de los católicos*, Madrid 1959, p. 28.

Por otra parte, la postura personal adoptada por Lewis en la cuestión ecuménica desvela el género de dificultades prácticas que dificultan el diálogo ecuménico por parte de un anglicano. Los anglicanos como Lewis, preocupados por cuestiones doctrinales, tienen un talante cultural netamente conservador; ello les impulsa a aferrarse inconscientemente a la sociología eclesiástica en la cual están insertados y en la cual han vivido sus mayores. Su apego sentimental a las comunidades concretas que los acogen, a sus ritos y a sus prácticas es tan fuerte que la perspectiva de integrarse en otro tipo de relaciones sociológicas que supongan el rompimiento con las anteriores les resulta especialmente insoportable. Con todo hay que esperar del poder de la gracia de Cristo la fuerza capaz de superar estas suspicacias.